POESIAS SAGRADAS

AL SÉR SUPREMO.

I.

O tienda yo mi vista en la llanura
Que va á perderse allá en el horizonte,
O penetre la lóbrega espesura
De algun inculto y pavoroso monte;
Ya contemple del mar la vasta anchura,
O á la espléndida esfera me remonte,
¡Grande y sublime Sér! en todo ello
Descubro absorto tu divino sello.

II.

Tú tiñes las adelfas y las rosas
Aun en boton, con púrpura brillante;
Las azucenas puras y olorosas
Colocas en su tallo vacilante;
Las amapolas frescas y pomposas
Se abren, Señor, bajo tu mano amante;
Y del tomillo en las pequeñas ramas
Mil flores hermosísimas derramas.

III.

Haces crecer el cedro en las montañas,
Y el sauce á las orillas del torrente,
Do nacen los helechos y las cañas
Y yerbas mil en la estacion ardiente:
De la tierra fecundas las entrañas
Con el calor y el agua dulcemente;
Y así los campos de verdor revistes,
Tornando alegres los que fueron tristes.

IV.

Formaste prodigiosos animales
Que embellecen el bosque y la llanura,
Desde los elefantes colosales
Hasta la mariposa tierna y pura:
En los montes, los campos y breñales
Los pájaros anuncian ser tu hechura;
Y en el agua del mar salobre y densa,
Desde la concha á la ballena inmensa.

V.

Entre los montes de la Arabia triste,
Arenales formaste tan ardientes,
Que el pobre insecto con trabajo existe
Privado de las yerbas y las fuentes:
Al árabe incansable allí pusiste,
Al camello y corceles impacientes;
Y del vasto desierto en los horrores,
Islas amenas, pájaros y flores.

VI.

Lagunas has formado encantadoras
Que de lotos ornaste y carrizales
Donde viven las garzas voladoras,
Los ánzares, chorlitos y zorzales:
Por tí brotan las fuentes bullidoras,
Para bien de tus hombres y animales:
Y entre bosques inmensos y sombríos
Haces correr tus bramadores ríos.

VII.

Ya en humo envuelto, desde el trono augusto,
Desciendes en tus rápidos querubes,
Y en torno esparces el pavor y susto,
Al surcar tus relámpagos las nubes:
Allí con brazo enérgico y robusto,
Lanzas el rayo formidable, y subes
Cual huracan al cielo, donde el bueno
Oye tranquilo retumbar el trueno.

VIII.

Para dar de tu fuerza una vislumbre,
Montes hiciste enormes y selvosos,
De verdes faldas y nevada cumbre
Con mil derrumbaderos espantosos:
Por poco que tu cólera relumbre,
Abrense ramblas y profundos fosos,
Y con estruendo vuelan arrojadas
Piedras, cenizas, lava y llamaradas.

IX.

Las grandes aguas á tu voz de trueno,
Espantadas huyeron de la tierra:
Del abismo reuniéronse en el seno
Y formaron el mar que al mundo aterra:
A sus olas tremendas pones freno,
O las levantas como enorme sierra:
Y en los remotos siglos has volcado
En la Atlántida inmensa el mar salado.

X.

En el espacio del redondo cielo
Globos de luz sin número formaste,
Que apenas se perciben desde el suelo
A pesar de sus moles: tú lanzaste
Mil enormes cometas, cuyo vuelo
Quién sabe á qué regiones prolongaste:
Mi alma se pierde en cálculos profundos,
Viendo girar innumerables mundos.

XI.

Y el hombre vil en su pequeña nada,
Alzando en alto su soberbia frente,
Y dando al sol y cielo una mirada,
"No hay Dios," esclama el mísero insolente.
Natura en tanto, inmensa, engalanada,
Sigue su vasto plan gloriosamente,
Oyendo con desden y con desprecio
La voz risible de su insecto necio.

LA INMENSIDAD DE DIOS.

El sol con sus rayos espléndido alumbra
Las grandes llanuras, los bosques mas densos,
La tierra, los mares y espacios inmensos,
Y todo lo anima su luz y calor.

Así, Dios sublime, tú llenas los mundos
De un lado hasta el otro del gran firmamento,
Y muy mas arriba se eleva tu asiento,
Adonde no llegan los rayos del sol.

Mi mente recorre los años que fueron
Y allá en el diluvio te miro presente:
Inundas las vastas regiones de Oriente,
Y escucho tus aguas bramando pasar.

Y cubren tus olas tambien el Ocaso,
Sumerges ciudades y pobres cabañas,
Y en toda la tierra sumerges montañas
Del polo del Austro al polo Boreal.

Tú abriste las aguas del piélago hirviente,
Pasó por su fondo tu pueblo querido,
Y á tu órden, el golfo con largo bramido,
Las huestes egipcias voraz se tragó.

El grande Alejandro se hallaba contigo
Al dar las batallas de Tiro y Arbela,
Y el griego á tu vista el Asia debela
Y el trono de Persia por tierra cayó.

Tú vuelas encima del mar de Lepanto
Y pones en fuga la escuadra agarena,
Y luego coronas la frente serena
Del hijo de Cárlos con lauro inmortal.

Y te hallas en medio del humo y estruendo
Del rudo combate do muere Gravina,
Y á Nelson ilustre tu mano destina
Espléndidas palmas allá en Trafalgar.

Al ver cómo cruza la negra tormenta,
Al ver en la nube surcando la llama,
Cuando oigo el estruendo del viento que brama
Me digo á mis solas "allí va el Señor."

Pasada la lluvia la yerba se alegra
Y al aire se mueve mojado su tallo,
Y yo con la mente pasmada te hallo
Allá entre las hojas de la húmeda flor.

Si subo á la cumbre del Líbano altivo,
Si subo á los hielos del alto Orizava,
Si miro en su cráter la férvida lava,
Pasmados mis ojos te encuentran allí.

Si bajo y recorro los grandes desiertos
En donde rebraman soberbios los ríos,
Si voy á los campos y bosques sombríos
Te encuentro presente delante de mí.

Al ir por los mares oscuros del Norte
Allá te descubro tras densas neblinas,
Y sobre las islas y heladas colinas
Te miro en tu carro volando cruzar.

Al ir por los mares del Trópico ardiente
Te miro que pasas en un torbellino;
Si bajo á las rocas del fondo marino
Tambien en el fondo te encuentro del mar.

Tu mano conduce las aves viajeras
Que pasan los mares á grandes bandadas,
Palomas azules y garzas rosadas
Y blancas cigüeñas y negro zorzal.

Pasado el invierno los pájaros vuelven
A ver sus campiñas y selvas y lagos:
Allí los mantienes, y alegres y vagos
Su arroyo visitan y nido natal.

¡Qué grato es sentarse de noche en la orilla
Del mar solitario que azota la arena,
Y verte en la luna magnífica y llena
Que sube rodando del piélago azul!

Espléndido tu ángel conduce en la mano
Allá en las alturas el raudo cometa,
Conduce un arcángel á cada planeta
Y al sol esplendente, radiante querub.

Tú llevas volando por ese vacío
A inmensas distancias estrellas hermosas,
Antáres rojizo, y al Norte las Osas,
Y al Sur el Centauro y el nítido Orion.

Aun muy mas arriba lanzaste potente
Millones de soles, y mundos, y mundos,
Y allá en los confines de espacios profundos
Formaste mas globos, INMENSO CRIADOR.

ADAN Y EVA.

SONETO.

En el Eden pasaban dulces horas
Eva y Adan en cándida alegría,
Entre las flores de arboleda umbría,
Al manso ruido de aguas bullidoras.

Los engañó con voces seductoras
Desde el manzano la culebra un dia.
¡Raza infeliz de Adan! hoy todavía,
Hoy el delito de mis padres lloras.

Del jardin los arroja enfurecido
Dios, cuando ve su crímen execrando,
Y salen ¡ay! cual aves de su nido:

Del pecho exhalan un sollozo blando,
La cara vuelven al Eden perdido,
Y al fin se alejan, y se van llorando.

MUERTE DE ABEL.

SONETO.

Junto á rústico altar en campo abierto,
Abel herido por su hermano un dia,
Sobre la yerba pálido yacia,
De tibia sangre y trasudor cubierto.

Los ojos vuelve al cielo y al desierto,
Y entre el horror de lánguida agonía,
A Eva llamaba: ¡madre! repetia;
Pero en vano clamaba, y quedó muerto.

Ciertos del mal, sus padres atraviesan
El densísimo bosque donde moran,
Y á grandes gritos su dolor espresan:

Lléganse al hijo tierno á quien adoran,
Y lo cogen, lo abrazan y lo besan,
Y lo sepultan, y al mirarse lloran.

EL DILUVIO.

Allá en un tiempo la redonda tierra
Ostentaba su pompa y lozanía:
Bosques inmensos de árboles copados
Dábanle sombra en el calor del dia.

Los vientos deliciosos trasportaban
El aroma de yerbas y de flores,
Que con ricos y espléndidos colores
Los montes y las selvas esmaltaban.

Grato era ver allá junto á las fuentes
Las magníficas dalias y los nardos,
El blanco loto y el azul junquillo
Retratarse en las aguas trasparentes
Al lado de las flores del tomillo.
¡Qué grato era el susurro de los vientos
En los granados de encarnada poma,
O en las copas de abetos corpulentos,
O en los magnolios de embriagante aroma!
Grato era ver los caudalosos ríos,
Así como los rápidos torrentes
Correr entre los bosques siempre umbríos
Y de las rocas despeñarse hirvientes;
Y ver en el espléndido paisaje

Arroyos, lagos, y fecundo suelo,
Y juntos con el ánade salvaje
Pollas sultanas con azul plumaje,
Azul plumaje de color de cielo.
Encanta el pavo de doradas galas
Y del Eden el pájaro divino;
Tambien el íbis todo purpurino
Menos las puntas negras de sus alas.

Los buenos hijos del Señor contentos
Entre las flores y las fuentes moran,
Y gozan de la luna y las estrellas
Y en dulce calma á su Criador adoran.
Pero al mirar tan blancas y tan bellas
A las hijas perversas de los hombres
En hora aciaga se enamoran de ellas.
De esa raza nacieron los gigantes
Que respiraban cólera y venganza,
Sin culto, licenciosos y arrogantes,
Sin otra ley que su puñal y lanza.
Y ¡cuántas veces en sus grandes manos
Brillaron las espadas homicidas,
Y se vieron hondísimas heridas
En el pecho infeliz de sus hermanos!
De su Autor olvidados no vertian
Ni aun en aras de céspedes campestres
La sangre de las tórtolas silvestres;
Ni orilla de las fuentes ofrecian
Canastillos de lirios y azucenas,
O purpuradas rosas y verbenas
Que en las húmedas márgenes nacian.
Al mirar el Señor el mundo lleno

De crímenes que brotan á millares
Y desiertos los rústicos altares,
Con grande indignacion y voz de trueno
Llama al Angel hermoso de los mares,
Y vuela el Angel, palpitante el seno.
Jehová mandóle que anegara el mundo
Con grandes lluvias y avenidas grandes,
Y que volcara el piélago profundo
E inundara las cumbres de los Andes.
Entonces el Espíritu tendiendo
Sus alas de un color como el zafiro,
Entre Sirio y Procion baja tremendo,
Y al llegar á la tierra da un suspiro.
Pone los fuertes piés en la alta cima
Del Ararat y allí la vista esplaya,
Y al caminar el Angel por encima
Tiembla el monte y el mar y su ancha playa.
Se pone á ver los vastos continentes,
Las grandes islas, los inmensos ríos,
Los espaciosos lagos y torrentes;
Y del hombre al mirar los estravíos
Baja al suelo sus ojos inocentes.
Entonces vuela rápido y quebranta
Todas las fuentes del grandioso abismo,
Y pasa luego al Sur y allí cogiendo
El polo con la mano, lo levanta,
Vuelca los hondos mares, y se espanta
Cuando oye de las aguas el estruendo.

Las ondas en enormes remolinos
Se echaron en los grandes continentes,
Y arrancaban enteros los palmares

Y los bosques de cedros y de pinos,
Y de abetos y verdes limonares.
Las grandes aguas iban y volvian,
Y en los montes inmensos se azotaban,
Y los montes inmensos retemblaban,
Y sus peñas abajo se venian.
En tanto el Angel cubre el ancho cielo,
Y al viento se desata lluvia espesa
En desiertos y campos cultivados
De un lado al otro de la tierra ingrata.
Salen de madre los hinchados ríos
Y el soberbio Amazonas se desata;
Sus olas braman y bramando suben
A los hielos eternos del Sorata.
De México en el valle donde vivo
Hoy entre flores, fuentes y olivares,
Tambien mugieron los revueltos mares
Y se agitaba el aquilon altivo.
Mil cárdenos relámpagos relumbran
En negra noche y tormentoso dia
Y las aguas magníficas alumbran,
Y al estallido de los grandes truenos
Los mares y la tierra se estremecen
Y el eco vuelven sus profundos senos.
Y van nadando en las hinchadas olas
Las tristes flores del silvestre acanto,
Lirios azules, blancas amapolas
Y la encendida flor del amaranto.
Nadaban los caballos y las hienas
Con las víboras verdes y leopardos,
Garzas rosadas y faisanes pardos
Con delfines, lagartos y ballenas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez